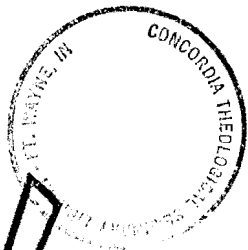

REVISTA TEOLOGICA

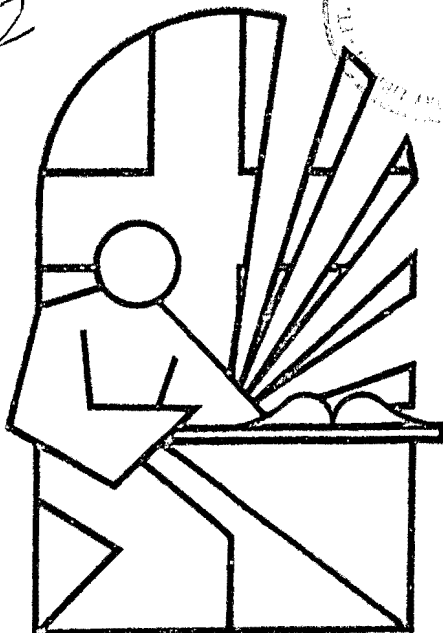
V. 45

OCT 09 2001

#162



I
E
L
A



SEMINARIO
CONCORDIA

AÑO 45

Nº 162



Revista

OCT 09 2000

Teológica



Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA ARGENTINA

SEMINARIO CONCORDIA
Casilla de Correo N° 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. de Buenos Aires - Argentina

Editor Responsable

ANTONIO RICARDO SCHIMPF

Redacción

Cuerpo Docente
del Seminario Concordia

DAMIÁN J. FISCHER
ANTONIO R. SCHIMPF

Colaboran en este número

ERICO SEXAUER
ANTONIO R. SCHIMPF
ESTEBAN TRONOVSKY

Indice

- EDITORIALpag. 5
- ¿UNIDOS AL FIN?.....pag. 7
- LAS CHARLAS DE SOBREMESA DEL DR.
MARTIN LUTERO.....pag. 42
- LITURGIAS ESPECIALES.....pag. 57
- PREPARANDO PIES HERMOSOS.....pag. 68

LAS CHARLAS DE SOBREMESA DEL DR. MARTIN LUTERO:

I

Entre la monumental obra impresa del Dr. M. Lutero figuran también —con razón, según unos, y sin razón, según otros— sus "Tischreden" o Charlas de Sobremesa.

Para decirlo de entrada: por supuesto, no se trata de productos de la pluma del Reformador, sino de compilaciones hechas por algunos de sus amigos, colaboradores y estudiantes, en especial Cordatus y Lauterbach, que frecuentaban la mesa de los Lutero y solían recoger ávidamente las migajas que caían de esta mesa, mejor dicho, de la boca de su admirado Doctor Martinus, quien después de las comidas gustaba explayarse, a veces casi interminablemente, sobre los más diversos temas, como respuesta a preguntas, o en forma espontánea. En el índice de la muy cuidadosa edición de "Dr. Martin Luthers Colloquia oder Tischreden", vol. XXII, año 1887, de "Dr. Martin Luthers Sämmtliche Schriften, herausgegeben von Dr. Joh. Georg Walch", (Walch II, St. Louis, Mo, EE.UU.), fuente de las presentes traducciones al castellano, y a su vez traducción al alemán de los originales en latín, figuran cerca de 2.500 de estas "Charlas", descontados los duplicados, agrupadas temáticamente en 80 capítulos. Por su parte, R. Bainton, autor del excelente libro titulado LUTERO, Edit. Sudamericana, habla de 6596 anotaciones. ¿Cómo se explica semejante diferencia? Hasta cierto punto, por el hecho de que la Ed. Walch/St. Louis reduce aquí y allá a una sola Charla lo que para Bainton son varias anotaciones.

Esta es sólo una de las tantas preguntas que suscitan las Charlas, y no la más importante, por cierto. Mayor peso tiene la formulada por la crítica textual: Si dos personas, p. Ej. Cordatus y Lauterbach, hacen apuntes "en vivo y en directo" de lo que dice una tercera, p. ej. Lutero, es inevitable que los resultados difieran bastante entre sí. ¿Cuál de los dos productos se acerca más a lo que Lutero dijo en aquellos momentos? Difícil determinarlo a esta altura.-

¿Cuántas de las Tischreden son realmente Reden bei (am, nach) Tisch? Resulta que algo de lo que figura en las colecciones no son verdaderas charlas de sobremesa, sino consejos etc. dados en otras circunstancias.

El trato que los diversos editores dieron a las Charlas ha sido bastante arbitrario, con interpolaciones hechas por algunos que no figuran en las ediciones de otros, como p. ej. cuando se dice que Lutero dijo que “en caso de necesidad, se puede bautizar también con vino, cerveza, leche, etc.; en cambio, el propio Lutero afirma en su sermón acerca del bautismo del año 1540 (Walch I, vol. VII, 1011, #13) que “tiene que ser agua, no vino, ni cerveza, ni lejía (!) u otra cosa alguna”.

La tradición del texto decía mucho que desear, hasta el punto que a veces parece viciado a propósito con el objeto de levantar sospechas en contra de la “pureza doctrinal” de Lutero. Además, hay errores en la indicación de fechas, errores de traducción, frases carentes de sentido, -factores todos que se han citado en perjuicio del Reformador- injustificadamente, por cierto, puesto que los culpables son los editores, copistas traductores, etc. Cabe preguntarse, sin embargo: dado que Lutero define su posición con tanta claridad en los numerosos escritos de su propia mano, ¿no habría sido prudente prescindir de la publicación de esas charlas a veces apócrifas?

Además, ¿no conspira contra la ética publicar post mortem charlas que el autor, estando aún en vida, había destinado sólo a un círculo íntimo de comensales amigos, sin intención alguna de que fueran difundidas en otros ámbitos?

No pocos curiosos hurgan en las Charlas impulsados por el morboso afán de hallar en ellas, pruebas sabrosas de las tantas veces mencionadas groserías e indecencias de Lutero. Groserías sí, propias de la época, pero de calibre no más grueso ni tan abundantes como las que se permitían usar sus adversarios. Sin embargo, quien busca a un Lutero indecente y lascivo, buscará en vano, y será mejor servido si se dedica al consumo de lo que se presenta en las mesas literarias, radiales y televisivas de nuestros días...

Un párrafo aparte merece lo que la Ed. de St. Louis trae en el capítulo 74 "Acerca de los judíos". Verdad es que las palabras que Lutero emplea para con este pueblo (a menudo recurriendo a citas del Antiguo Testamento) son en su mayoría muy duras. Pero quien cree que esto es razón suficiente para motejar a Lutero de protonazi del siglo 16, está muy equivocado. La postura del Reformador no obedece a un ciego y fanático antisemitismo, sino que halla su explicación en Jn. 2:17 "Me consume el celo por tu casa", en este caso, por el evangelio al que los judíos se oponían con especial terquedad; de ahí las invectivas a veces francamente desmesuradas. Pero hay también otros tonos: "Queremos mucho a este pueblo, pero ¡ay!, son tan altaneros y soberbios! No cabe duda: el pueblo judío contó con una multitud de hombres destacadísimos, tales como Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David, Daniel, Samuel, Pablo y otros. ¿A quién no le habría de doler en el alma que un pueblo tan grande y excelente vaya camino hacia la perdición?" (St. L. XXII, col. 1584, #23).

Lejos esté de nosotros el querer justificar y recomendar todo cuanto Lutero dijo en aquellos distendidos momentos de sobremesa. Es sabido que era un hombre de temperamento fogoso, luchador contra un mundo hostil en el cual a la recientemente descubierta verdad evangélica siempre de nuevo lo arrojaban muchas y grandes piedras en el camino, de la mano de sus adversarios e incluso de ex-compañeros de ruta. Y quien tropieza con una piedra alevosamente arrojada en su camino, no siempre se siente en condiciones de pronunciar palabras suaves.

Y esto es uno de los encantos de las Charlas de Sobremesa: Confiables en su gran mayoría, de un estilo que a pesar de ser "de segunda mano" deja traslucir la frescura del original, con una riqueza casi increíble de observaciones acertadas, sabias o también ingeniosas acerca de los temas más disímiles, estas pequeñas joyas nos confrontan con un Lutero "humano" en el sentido que el poeta latino Terencio da a la palabra: "Soy hombre; nada de lo que es humano me es extraño", y a la vez incondicional defensor de lo divino, es decir, del evangelio de Cristo, el Salvador.

En los párrafos siguientes, el lector sin duda hallará más de un punto que le invitará a la reflexión.

II

TEMA GENERAL: DE LA PALABRA DE DIOS O LAS SAGRADAS ESCRITURAS

1.- Lo que ante todo se ha de buscar en la Biblia, y como se han de estudiar y aprender las Sagradas Escrituras:

“El conocimiento más valioso que la teología puede transmitirnos es el conocimiento de Cristo.- Si el diablo me tuerce la mirada hacia la ley, soy un hombre condenado. Pero si Cristo vuelve mis ojos de la ley hacia el evangelio y hacia las promesas de Dios, soy un hombre libre y justo. De ahí la insistente exhortación de Pedro: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (1 P. 3:18): no en el conocimiento de la dialéctica y de algún otro arte, sino en el conocimiento de Cristo. En cambio, el arte mayor del diablo es oscurecernos este conocimiento, con el resultado final de que confiamos más en un amigo que en Cristo.

Tan incomprensiblemente grande es la gracia de Dios en Jesucristo, que todo esto no somos capaces de experimentarlo ni de entenderlo, ni lo tomamos en cuenta, a no ser a fuerza de duras pruebas y temores. Si yo no me viese atacado de continuo por tiranos y falsos hermanos, me enorgullecería de mis excelentes dones, y con todos mis vastos conocimientos caería en las garras del diablo. Lo atribuiría todo a mis propias fuerzas, no a Dios, ni a la gracia; descuidaría la oración, etc. etc. Por esto me hace muy bien el ser acosado y disciplinado.¹

¹ M. Luthers Tischreden, en Dr. Martin Luthers Sämtliche Schriften, Edición St. Louis 1887, vol. XXII cap.1: Von Gottes Wort oder der Heiligen Schrift (De la palabra de Dios o las Sagradas Escrituras) columnas 5 y 6 #5. Observación: Los textos bíblicos se citan según la Versión Reina Valera, rev. 1960, a menos que la versión dada por Lutero en el original alemán ofrezca variantes que hagan aconsejable una traducción literal. Siguiendo el uso de la V.R.V., escribimos “palabra” con letra minúscula, aun cuando se refiere a la palabra de

2.- Es importante leer con asiduidad el texto de la Biblia y atenerse a él como único fundamento firme:

Cosa muy necesaria para un teólogo es armarse de una buena base mediante el estudio del texto (bíblico). Pues así tendrá a qué atenerse y evitará el riesgo de chocar o de caer en errores. Por mi parte, con el texto y sobre el fundamento de las Sagradas Escrituras he tapado la boca y derrotado a todos mis adversarios. Pues éstos andan por ahí como soñando. Todo lo que enseñan y escriben lo extraen de su propio entendimiento y razón, creyendo que lo de la Biblia carece de importancia, a la manera de aquel fariseo que pensaba que era bien poco lo que Jesús pedía al decirle: "Haz esto, y vivirás", Lucas 10:28.

En resumen: el que está bien familiarizado con el texto de las Escrituras, es un pastor de buena ley. Y este es también el mejor consejo que les puedo dar, y el más cristiano: beban agua de esta fuente, quiere decir, lean la Biblia con toda diligencia y detención. Pues con este fundamento y siendo expertos en usarlo, llegarán a ser excelentes teólogos; porque un solo texto y pasaje de la Biblia vale más que un montón de comentaristas cuyos pensamientos carecen de solidez y no resisten un análisis serio.²

3.- Jamás se podrá decir: Con lo aprendido hasta ahora, me basta:

"Quien no es capaz de hacer un sermón entero de una palabra sola proveniente de la Palabra de Dios, no es digno de subir jamás a un púlpito. Repetidas veces he tomado la decisión de recorrer los sagrados Diez Mandamientos uno por uno y en forma minuciosa, y al comenzar por las palabras: "yo soy el Señor tu Dios", mayormente no avancé más allá del "Yo", y aún hoy día no soy capaz de comprenderlo en toda su profundidad. ¿Cuándo llegaré a recorrer con mis pensamientos el Decálogo entero?

Dios; y con mayúscula sólo cuando es sinónimo de Sagradas Escrituras (Biblia).-

² Op. Cit. col. 6 y sigtes, #6.

Los antiguos diferenciaban entre tres tipos de teología: la propiamente dicha, llamada por ellos "histórica", como p. ej. el relato de la Pasión de Cristo, vale decir, los escritos de todos los evangelistas; la simbólica, como cuando a Cristo le llaman "pastor"; y en tercer lugar la teología mística, que nos enseña a buscar a Dios por el lado negativo. Yo por mi parte baso mis sermones simplemente en la palabra revelada. Quien quiera seguirme en esto, hágalo; quien no quiera seguirme, déjelo. Esta palabra empero está muy, muy por encima de nuestra cabeza, no por debajo de nuestros pies, como sostienen no pocos fanáticos (Schwärmer) insolentes, y otra gente que busca remontarse con sus pensamientos a cosas que ellos consideran más elevadas que las que nos presentan las sencillas palabras de Dios. De tales personas dice el profeta: "Vi un sueño, vi un sueño" (Dn. 4:5). ¡Por San Pedro, San Pablo, San Juan y todos los santos: ojalá entendieran cabalmente tan siquiera una sola palabra de la Sagrada Escritura! Porque su sabiduría no tiene límites; lo nuestro en cambio, nuestra razón, nuestra inteligencia y todo lo demás: ¿acaso no se mueve dentro de límites muy estrechos?³

4.- Con una certera visión profética, Lutero temía por el futuro de su enseñanza:

"Aquellos que en vida mía desdeñan el grano, después de mi muerte reverenciarán la cáscara, es decir, el nombre. Por eso, cada cual aproveche bien el tiempo, coseche cuando aún es el momento de cosechar, y como dice el Señor Jesucristo, Jn. 12:35: "Andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas". Cuando nos gloriamos de haber leído y escuchado lo suficiente y de estar aplicándolo en la vida diaria, da comienzo el hastío y el desprecio respecto de la palabra, crece nuestro orgullo por pretender que ya lo sabemos todo, pese a que con nuestro obrar demostramos justo lo contrario, y con todo eso nos sentimos muy bien y sin culpa. La desgraciada consecuencia es que Dios nos hace padecer hambre de su palabra. Vendrán siempre nuevas interpretaciones, y a las Escrituras las tratarán

³ Op. cit. col. 11, #9.

con negligencia. Por esto, mi deseo sería que mis libros no se dieran a la imprenta, para evitar que en lo futuro vengan quienes hagan un mal uso de ellos causando toda clase de estragos. Porque la verdad es que en mis primeros escritos no fui lo suficientemente enérgico en la exégesis de algunos textos.-

El mundo se ha tornado muy seguro de sí mismo y confía en los libros que posee en la actualidad, en la opinión de que si la gente lee éstos, ya lo sabe todo. Faltaba poco para que el diablo me hubiese arrastrado a la misma seguridad engañosa y perezosa, y me hubiese hecho pensar: Ahí tienes tal y tal libro; con leerlo, ya tienes la preparación suficiente. Contra esta clase de seguridad oro sin cesar y recito mi Catecismo tal como lo hace mi hijito Juan. Mi ruego diario es que Dios me mantenga fiel a su santa palabra, para que no me venza el hastío ni me imagine que con lo estudiado hasta ahora, ya me basta.

Los nobles, la gente de la ciudad y la del campo, en fin, todo el mundo conoce el evangelio mucho mejor que yo, el Dr. Lutero, o el mismísimo apóstol S. Pablo. Se creen muy sabios, más sabios que todos los pastores. Pero en realidad, el blanco de su despecho no son los pastores, sino el Señor y Jefe de todos los pastores, quien dio a éstos el ministerio de la predicación. Y este Señor a su vez los despreciará a ellos, se tornará en su enemigo y los hará sentir su mano dura. "El que a vosotros oye, a mí me oye", dice, Lc. 10:16, y "el que os toca, toca a la niña de mi ojo", Zac. 2:8.

Pero alabado sea Dios que gobernará aún en medio de sus adversarios y se hará conocer bajo la cruz. Lo que amenaza con expulsar y extinguir el evangelio no es la tiranía y la persecución de los enemigos, sino nuestra propia ingratitud vergonzosa, maldita y pernicioso, y el asco que le tenemos al amado evangelio.⁴

5.- Quien desprecia la palabra, se expone a un duro castigo:

"La Historia nos enseña que dondequiera que se predicaba la palabra de Dios en forma pura e inalterada, y se la

⁴ Op. cit. col. S 18 y sigtes., ##16, 17, 19 (selección).

despreciaba, no tardó en llegar el castigo, como lo demuestran los ejemplos del tiempo de Lot, de Noé y del Señor Jesucristo. Y como hoy día casi todo el mundo cree poder pisotear a los pastores y predicadores, llego a la convicción de que Dios castigará duramente la ingratitud y el desprecio de su palabra. No obstante, el ministerio de la predicación no podrá desaparecer mientras exista este mundo, ya sea un ministerio genuino o uno desvirtuado, puesto que la gente no quiere ni puede quedar sin servicios religiosos. Incluso el turco (Islam) tiene que tener sus guías religiosos, de lo contrario su régimen no podría subsistir. Pero donde se desprecia la palabra de Dios, ésta se muda a otras regiones, y junto con ella, se muda el verdadero Dios y su culto.

Claro ejemplo de ello son los judíos: Dios les envió profetas como Isaías, Jeremías, Amós y otros, y al final, a Cristo, su propio Hijo, y además el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, punto de partida para que los apóstoles recorrieran el orbe entero. Todos clamaron a una voz: ¡Arrepentíos! Mas todo fue en vano: los profetas fueron muertos, Cristo fue crucificado, y los apóstoles, perseguidos. Y ¿qué ocurrió poco después? Jerusalén fue asolada, y hasta el día de hoy sigue siendo una ciudad en ruinas.

La misma suerte espera también a Alemania por el desdén con que trata a la palabra de Dios. No dudo de que a la luz del evangelio que brilla hoy, le seguirán densas tinieblas, al extremo de que ya no se escuchará desde los púlpitos la voz del evangelio. Y entonces ya estará a la puerta el día postrero.⁵

6.- La voz del predicador es la voz de Dios:

“Zwinglio y Ecolampadio hacen una distinción entre la Palabra y el Espíritu, separan al hombre predicador del Dios Obrador, al ministro que bautiza de Dios que purifica (por medio del bautismo), y sostienen que el Espíritu es dado y obra sin la palabra. La palabra no es más que un llamado exterior que va al encuentro del Espíritu preexistente en el corazón. Si la palabra no encuentra al Espíritu, sino a un hombre impío, entonces no es

⁵ Op. cit. col. 24. #24.

palabra de Dios. De esta manera definen a la palabra no a partir del Dios Emisor, sino a partir del hombre receptor – y sin embargo sostienen que esa palabra es la palabra de Dios que produce frutos, que trae vida y paz, pero por cuanto no se hace efectiva en el hombre impío, no es la palabra de Dios. Ahogados (ersoffen) como se hallan en este error, ya no se entienden ni a sí mismos...

Un cristiano empero debe poder decir con plena certeza: La palabra de Dios es una y la misma palabra, ya sea que se la predique a creyentes o a incrédulos, así como la iglesia existe también entre los pecadores; y esta palabra, produzca frutos o no los produzca, es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Ro. 1:16), y que juzgará a los que no la reciben, Jn. 12 (44 y sigtes.). De no ser así los impíos tendrían una muy buena excusa ante Dios y un fuerte argumento por qué no se los puede condenar, ya que no tuvieron la palabra por el hecho de que no la aceptaron.-

Nosotros en cambio decimos que cuando el predicador anuncia la palabra, otorga la absolución y administra el sacramento (del altar), esa obra, a pesar de que la ejecuta una persona humana, de hecho y en verdad no es la obra de un hombre, sino la voz de Dios, y la acción absolutoria y fortalecedora de Dios; nosotros no somos más que instrumentos y colaboradores de Dios mediante los cuales él actúa y produce los efectos respectivos. Rechazamos aquella distinción metafísica: el hombre predica, el Espíritu obra; el ministro bautiza y absuelve, Dios empero limpia, perdona, etc. ¡De ninguna manera! Antes bien, concluimos: Dios predica, bautiza y absuelve. “No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros”; “El que a vosotros oye, a mí me oye”; “Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo” (Mt. 10:20; Lc. 10:16; Mt. 18:18). Asimismo, cuando yo subo al púlpito para predicar un sermón o leer un texto bíblico, tengo la certeza de que no es la palabra mía sino que “mi lengua es pluma de escribiente muy ligero” (Sal. 45:1). En efecto: es el Señor el que habla por boca de

los profetas y de los santos hombres de Dios. De modo que no cabe hacer una distinción metafísica entre el hombre y Dios; simplemente debo decir: El hombre que está hablando ahí, sea un profeta, o un apóstol, o un predicador fiel, es la voz de Dios; y los oyentes deben pensar: No es ni Pedro ni Pablo ni otro hombre alguno el que me está hablando aquí, bautizando y absolviendo, sino Dios mismo. Dios mío: ¿qué consuelo podría recibir de parte de un predicador una conciencia atemorizada, sin no creyera que sus palabras son el consuelo de Dios, la palabra de Dios, el juicio de Dios?

Entonces, nuestra conclusión sencilla es: O Dios obra mediante la palabra, que es su portavoz y su instrumento en el corazón humano, o no obra nada en parte alguna. Pues también las palabras del asna de Balaam no son palabras del asna, sino de Dios (Nm. Cap. 22). Y precisamente la palabra que procede de la boca y se desprende de los labios: "Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados" Mt. 9:2, - esta palabra penetra en el corazón del hombre y le trae consuelo.

Pero el hecho de que el efecto producido por la palabra no sea siempre igual, responde a la voluntad oculta de Dios. El viento sopla donde quiere (Jn. 1:8). No nos corresponde a nosotros investigar el por qué. Ni yo mismo sé decir por qué unas veces estoy alegre, y otras veces no; por qué unas veces me deleito en la palabra, y otras veces el deleite es menor, a pesar de que la palabra sigue siendo siempre la misma.

Si yo siempre me gozara en la palabra de Dios como lo hago en ciertos momentos, sería el más feliz de los humanos. Pero así le debe haber pasado también al apóstol S. Pablo: "Veo otra ley en mis miembros", dice, "que se rebela contra la ley de mi mente" (Ro. 7:23). Pero ante esa diversidad de efectos, nadie debe atreverse a buscar el defecto en la palabra.⁶

7.- Es fundamental que el predicador tenga plena certeza en cuanto a la palabra que predica:

⁶ Op. cit. col 27 y sigte.. #28

"A Dios gracias, estoy plenamente convencido de que lo que enseño es la palabra de nuestro Dios y Señor. Una vez llegado a esta convicción, he desterrado de mi corazón toda opinión diferente, llámese como quisiere. Por algún tiempo, una voz en mi interior me decía: "¿Acaso tú eres el único que posee la palabra de Dios en toda su pureza? ¿Y todos los demás no la poseen?" De esta manera nos tienta Satanás y arremete contra nosotros alegando hablar en nombre y con el título de la iglesia. Pero para mí, todos estos pensamientos torturantes, todas estas tentaciones son cosas ya superadas.

Debemos ser capaces de afirmar: Yo tengo la certeza absoluta de que lo que enseño y defiendo es la propia palabra de la Majestad divina en los cielos, su resolución definitiva y su verdad eterna e inalterable. Todo cuanto no coincide con ella o la contradice, son mentiras del diablo, falsas, insostenibles. Vosotros, señores, todos estáis errados, la enseñanza mía empero es la correcta, y es la infalible verdad de Dios. En eso persisto, aun cuando todo el mundo diga otra cosa. Pues Dios no puede mentir; aquí tengo su palabra, esta no me puede fallar, y ni todas las puertas del Hades prevalecerán contra ella. Además, tengo el consuelo de que Dios me dice: Te daré gente y oyentes que aceptarán lo que tú enseñas. Deja esto a mi cuidado, yo me ocuparé; tú quédate firme junto a mi palabra.-

Debemos estar seguros de que lo que enseñamos, es correcto, y es la verdad eterna, y no preguntar qué aceptación tiene por parte de los hombres. Por esto dice Cristo en Jn. 8:46 (trad. Lit.) "¿Quién de vosotros puede censurar mi enseñanza? Y si les digo la verdad, ¿por qué no me creéis?" Todos los apóstoles estaban enteramente convencidos de lo que enseñaban. S. Pablo en particular insiste en la "pleroforía" (πληροφορία= pleno entendimiento, plena certidumbre, plena certeza, comp. Col. 2:2; 1 Ts. 1:5; He. 6:11 – Nota del trad.) cuando escribe a Timoteo, 1 Ti. 1:15: "Palabra fiel y digna (de ser recibida por todos): que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores." En efecto: la fe en Dios por medio de Cristo tiene que ser certera y firme si ha de traer alegría y paz a la conciencia. De ahí las palabras de S.

Pedro en su 2da. Carta, cap. 1:19: "Tenemos una palabra segura, firme, profética, y hacéis bien en estar atentos a ella como a una antorcha que alumbra en la oscuridad" etc. Con esta certeza, la victoria sobre el diablo está asegurada; pero donde se tienen dudas acerca de la doctrina, el entrar en disputas con el diablo es cosa de mucho riesgo.

Si has de ser salvo, debes tener una certeza tal en cuanto a la veracidad de la palabra de Dios, que por más que todos los hombres dijeran otra cosa, e incluso los ángeles opusieran un NO, tú podrías mantenerte firme, tú solo contra todos, y aseverar: Sin embargo, yo sé que esta palabra es la verdad.

No quiero ninguna visión, no acepto ningún milagro, no creería a ningún ángel que me dijera algo que no concuerda con la palabra de Dios. Pero a esta palabra y a las obras de Dios sí creo por cuanto la una y las otras concuerdan entre sí y en todos los puntos, desde la fundación del mundo; porque la palabra no ha cambiado jamás, y mi pensar y sentir me confirman que todo sucede tal como dice la palabra de Dios; en todo el devenir de la Historia vemos que las obras de Dios son coherentes, pues así como Dios actuó hace mil años, lo hace aún hoy día. Quiero la palabra, no quiero milagros. Erasmo en cambio quería señales y prodigios, pues si bien tenía la palabra, no se atenía a ella.⁷

8.- Para aprender a fondo la palabra de Dios es preciso pasar por la escuela de la tentación:

"Mi teología no la aprendí de golpe, sino a fuerza de cavar siempre más hondo en las Escrituras. A ello me obligaron mis tentaciones. Pues la palabra de Dios jamás se entenderá cabalmente a no ser mediante la práctica y las tentaciones. Esto es lo que les hace falta a los de espíritu fanático y faccioso: un fiero antagonista, a saber, el diablo; ¡hay que ver cuánto se aprende al disputar con él! ¡Que lo diga S. Pablo, al que le fue dado un aguijón en su carne, un mensajero de Satanás que le abofeteaba para que al ser tentado se dedicase asiduamente al estudio de las Escrituras (comp. 2 Co. 12:7)! Yo por mi parte tuve al papa, las

⁷ Op. cit. col.s 30 y sigtes., #31.

universidades y todos los eruditos, mediante los cuales el diablo me agarró por el cuello: esto hicieron que yo me enfrascara en el estudio de la Biblia, me forzaron a leerla con detención y así por fin descubrí su verdadero sentido. Si no tenemos un diablo de esta índole, no somos más que teólogos especuladores que simplemente hacen trabajar sus pensamientos personales y se basan en argumentos de la razón para afirmar que las cosas son así y así – más o menos como lo hacían también los monjes en sus conventos.

Tal como con la teología ocurre también con otras nobles artes u oficios: nada se puede aprender sin ejercicio. ¿Qué clase de médico sería uno que se pasa la vida entera en una biblioteca universitaria con las narices metidas en los libros? Con eso no basta: tendrá que hacer uso de sus conocimientos y comenzar a practicarlos; y cuanto más se mueva en la vida real, tanto más se dará cuenta de que todavía le falta bastante para ser un experto en su especialidad. Lo mismo tiene que hacer un jurista y cualquier artesano y artista, ¿Y acaso no ha de regir esto en medida aún mayor para los servidores de la palabra, siendo que nuestro Señor y Dios tiene un adversario tan poderoso?

Es también una grande bendición de Dios si uno tiene ante sí un determinado pasaje bíblico del cual puede decir: Sé con toda certeza que esto es verdad. -- Mucha gente cree ya saberlo todo con haber escuchado un solo sermón. Pero yo, por más que soy un doctor viejo y sabio en otras cosas - o al menos debiera serlo - yo sé que todavía me falta mucho para "saber" el Padrenuestro. Sin práctica y experiencia, nada se logra. Bien dijo aquel campesino: La armadura será muy buena, pero hay que saber usarla. En verdad, la Sagrada Escritura es suficiente en sí misma; pero ¡quiera Dios que acierte en usarla correctamente! P. ej.: cuando Satanás discute conmigo acerca de la gracia de Dios, si esta gracia vale también para mí, no debo responderle con aquel pasaje que dice que si uno ama a Dios con todo su corazón, y con toda su alma, y con todas sus fuerzas, etc., el tal poseerá el reino de Dios. Pues el diablo inmediatamente me vendrá con el reproche: ¡Pero si tú no has amado a Dios de esta manera! - y mi

conciencia le tiene que dar la razón. Antes bien, tengo que usar contra mi astuto adversario la afirmación de que Cristo murió por mí – porque gracias a Cristo tengo un Dios misericordioso, él reconcilió al Padre conmigo, como escribe S. Pablo en 1 Co. 1:30: “Cristo Jesús me ha sido dado por Dios para sabiduría, para justificación, para santificación y para redención” (trad. Lit.)⁸

9.- A Dios solamente se le puede encontrar en la Palabra:

Alguien preguntó: ¿Dónde estaba Dios antes de crear los cielos? Se le contestó con las palabras de S. Agustín: “Dentro de sí mismo”. Y como el otro siguió insistiendo, el Dr. Martín respondió: “Estuvo ocupado en construir el infierno para gente ociosa que hace preguntas estúpidas”, y siguió diciendo:

“Después de haber creado a todas las criaturas, Dios está en todas partes y en ninguna: porque no puedo asirlo ni captarlo sin la palabra, mis pensamientos solos no sirven para ello. Pero en la palabra sí puedo encontrarlo con toda seguridad, porque a ésta él se ligó. Los judíos le hallaron en Jerusalén, sobre el propiciatorio, Ex. 25:17, nosotros le hallamos en la Palabra y en la fe, en el bautismo y en el sacramento del altar. En su Majestad empero está absolutamente fuera de nuestro alcance. Fue por cierto una gracia muy especial de parte de Dios el hecho de que en tiempos del Antiguo Testamento, él haya elegido para sí un determinado lugar de encuentro con su pueblo, a saber, el lugar en que estaba el propiciatorio, donde los judíos presentaban sus oraciones, primero en Silo y Siquem, luego en Gabaón, y por último en el templo de Jerusalén.

Con el tiempo, los griegos y otros gentiles también adoptaron la práctica de edificar templos a sus dioses en ciertos lugares, como en Éfeso a la diosa Diana, en Delfos al dios Apolo, etc.; porque donde nuestro Señor Dios edifica una iglesia, el diablo construye una capilla al lado. Otra cosa que los gentiles adoptaron de los judíos fue que en el lugar santísimo reinaba completa oscuridad; así, ellos también mantenían a oscuras los lugares donde el diablo daba sus respuestas, en Delfos por

⁸ Op. cit. col.59 y sigte., #89.

ejemplo, y en otras partes. De esta manera, el diablo siempre aparece como el mono (=imitador) de Dios. Pero con el hecho de que en el lugar santísimo no debía penetrar la luz se indicaba que el reino de Cristo se puede hallar y captar solamente por medio de la Palabra y la fe, y de ninguna otra manera.⁹

Trad. de E. Sexauer, D.D.

Noviembre 1999.

⁹ Op. cit. col 76 y sigte., #10.